



Obras del pintor Rafael Romero Masiá en la Casa do Cabido.

Romero Masiá ámbitos emocionales

Después de más de cuatro décadas de fructífera producción, la exposición **Abstracción/Figuración** del artista Rafael Romero Masiá (Santiago de Compostela, 1953) en la Casa do Cabido bajo el comisariado de David Ferreras, revisa una parte del trabajo creado en los últimos diez años. Las obras, como sugiere el título, van de la figuración a la abstracción o a la conjunción de ambos conceptos. Mediante un enfoque analítico de la pintura Masiá articula un modo particular de interiorizar la existencia.

EL AUTOR siempre ha necesitado desafíos para seguir pintando. Una idea, algún sueño o el hallazgo de un nuevo soporte pueden ser estímulos más que suficientes para generar una nueva seriación. Su dilatada trayectoria está jalonada por la producción en series en la que prescinde de la técnica pictórica tradicional basada en modelos de la historia del arte para dar paso a la creación del hecho pictórico, es decir, pintar para generar más que formas, fuerzas invisibles.

Para alcanzar su propósito deshace cuando le conviene su potente base dibujística para conseguir transiciones fluidas en las que hibrida técnicas y soportes como pintura, dibujo, collage o impresión. El objetivo es sumar nuevas técnicas para abordar problemas plásticos generados del uso de materiales tan variados como sábanas usadas rescatadas del hogar familiar, cartón pluma o metacrilatos que le permiten obtener ricas texturas.



Texto

Fátima Otero

Doctora en Historia del Arte

La dilatada trayectoria del artista compostelano está jalonada por la producción en series en la que prescinde de la técnica pictórica tradicional basada en modelos de la historia del arte para dar paso a la creación del hecho pictórico, es decir, pintar para generar más que formas, fuerzas invisibles.

Precisamente de la combinación de estos elementos nacen series como *Transparencias*, 2010 en la que se embarca durante un par de años hasta agotarla en cincuenta o más lienzos. El artista juega a componer estructuras con papel de celofán. Esta serie, como *Metacrilatos* 2012-2013, supone una vía de escape a la cotidianidad y banalidad de los materiales. Con ellos arma patrones geométricos y abstracciones líricas con gran carga poética y musical. Difumina gamas, raspa u horada superficies hasta lograr evanescencias y acabados que semejan etéreos.

Cualquiera de sus sublimes disposiciones volumétricas de reminiscencias cezannianas, como las formadas en la serie *Pintocerámica*, 2014-2019, delatan a un pintor obstinado en crear un nutrido registro formal de composiciones que ayudan a preguntarse por nuestra relación con el mundo y sus representaciones.

En determinadas propuestas se deja seducir por la textura de las mágicas hojas de un periódico o la tinta convertida en index, materiales traídos al frente del campo de batalla en que convierte al lienzo, por la trasposición de esas huellas a través del calco o la impresión. El resultado final nos sumerge como espectadores en sugerentes micropaisajes diluidos y etéreos como si en un ámbito espiritual penetrásemos.

LA PINTURA DEL COMPOSTELANO no sirve a fines ideológicos en el sentido de realizar una crítica política, sino a plasmar el sentido

indicial de registro o huella creadora. Se identifica con la mecánica del hecho pictórico y la fuerza de una pintura que en todo caso reivindica la historia del arte. En especial, la deuda para con Goya en la captación del aire, y la herencia de Francis Bacon a través de la vulnerabilidad de la condición humana o en la composición espacial a base de diagramas lineales y zonales en la que se desenvuelve su propuesta neofigurativa.

Un artista que no ve ninguna contradicción en pasar del informalismo a la abstracción o incluso al hiperrealismo o al surrealismo

Cuando por sus lienzos deambulan seres, realidad y fantasía se alían. Esas figuras, lejos de ser insustanciales o destinadas a extraviarse en la inutilidad de mentes estrechas, vibran y se desdobl原因 en una intimidad silenciosa o se metamorfosean en otras figuras a veces con apariencia animal o carnavalesca. Así lo delata la particular fisonomía de series como *Pintujos*, 2013-2017 o *Rostros*, 2021, en las que nos rendimos al dominio del dibujo y la habilidad para diluirlo en tan solo presencia un tanto fantasmal o en sensibilidades vulnerablemente abrumados por temores u obsesiones. Es lo que sugieren los gestos de las manos o las incisivas o escépticas miradas, como ventanas abiertas a mentes que sólo nos dejan entrever el enigma de

pensamientos arcanos que nos inquietan e incomodan a través del choque de sus miradas escrutadoras con las nuestras, sumado al enigma de los atributos simbólicos que suelen portar. Su figuración es un señero alegato a favor de lo diferente que baraja la idea de delirio, inconsciencia y misticismo. Un artista que no ve ninguna contradicción en pasar del informalismo a la abstracción o incluso al hiperrealismo o al surrealismo.

Desde 2021, atraído por las posibilidades del ordenador, idea series como *Digital*, de tirada múltiple, en la que se sirve de la fotografía y las nuevas tecnologías como herramienta de investigación; o *Camino*, también realizada en ese mismo año pero en una seriación más corta. Masiá no se deja seducir por modas o tendencias.

LA SELECCIÓN que presenta en el precioso edificio, telón de piedra para la Catedral y engalane de la plaza de las Platerías, se traduce en pintura emocional, paisajes del alma en los que vuelca muchas dosis de humor y sabia combinación de dibujo y sobriedad pictórica. En *Camino* ironiza con el símbolo de la ruta, la icónica flecha amarilla que ilumina a los peregrinos, pero que el artista duplica a su antojo para despiantar al espectador e ironizar sobre el simbólico motivo. Con muchos recuerdos, investigación y muy buena técnica, además de mucho divertimento, entiende Masiá el hecho pictórico salido exclusivamente de un alma genuina.